

Juan A. Hasler

Las divisiones del idioma nahua: en torno a un modelo teórico

Generalidades

En torno a las variedades del idioma nahua hay cosas que todo el mundo sabe y otras que no. Citemos dos ejemplos: cerca de la capital mexicana, en el estado de Morelos, existen tres pueblos relativamente cercanos entre sí, cuyas hablas tienen marcadas diferencias, que son Tepoztlán, Teteltzingo y Xoxocotla. También se sabe que el nahua hablado en América Central recibe el nombre de pipil.

Y lo que "todo el mundo sabe" se puede dividir en lo cierto y lo erróneo.

Es cierto que el pipil es la forma más sureña del idioma mexicano o nahua. Es falso que el pipil sea un "mexicano corrupto" —como lo llamaban los autores antiguos— y es falso que sea una parte del idioma náhuatl. En cambio, es cierto que es una parte del idioma nahua.

La diferencia entre "náhuatl" y "nahua" es esencial en la terminología dialectológica de este idioma.

Por náhuatl se entiende exclusivamente la modalidad dialectal en la que el antiguo fonema yutonahua *t ha evolucionado a t^l, que es un sonido "t" africado lateral sordo, y nunca la suma de

t+1 (como tampoco el fonema castellano escrito "ch" es la suma de un segmento sordo seguido de uno sonoro: no es t+ž).

Por nahua se entiende el idioma entero o cualquiera de sus formas dialectales, incluida la que tiene t^l.

La presencia de este sonido africado, que en la literatura glotológica se representa con λ cuando es considerado "fonema", es relativamente reciente en el idioma y su territorio no es muy amplio: sólo la Huasteca y el centro de México. En cambio, el territorio de los dialectos y subdialectos con t es muy extenso. La palabra clave para determinar cuál de las dos soluciones emplea una aldea dada, es la palabra para 'hombre': tá·kat o lá·kaλ (el acento gráfico es superfluo, pero conveniente para los lectores que no conozcan este idioma).¹

Predomina la forma tá·kat, propia de casi todas las variedades, como se acaba

¹ En composición, la palabra tá·kat sufría metafonía y producía -te·kat. Esta forma se ha mantenido con su t inicial en todos los dialectos, por ejemplo en *cbohulté·kan*. La historia de -té·ka junto con la de 'fuego', ofrece uno de los argumentos más sólidos de la mayor antigüedad de t que de λ.

de decir, y en especial desde la Sierra Madre Oriental hasta Centroamérica, y antiguamente en sitios de Jalisco (dialecto cazcán que, a pesar de ser mucho más similar al nahua del Distrito Federal que las hablas del este, ha sido considerado *lengua* en un —por lo demás muy útil— mapa clasificatorio de hace cincuenta años). También tenía t el ahora extinto nahua de Pochutla, en Oaxaca.

Estos datos no son novedosos para los americanistas, y ya no se discuten. Mas no hay el mismo consenso en torno a los límites de los dialectos actuales.

Esto es comprensible, pues es realmente difícil en cualquier idioma delimitar las fronteras geográficas de sus dialectos, en especial en las zonas de contacto entre ellos. En el caso del nahua, durante los decenios inmediatamente posteriores a los años cincuenta del siglo xx, se carecía de método en la recabación de rasgos que pudieran ser diagnósticos. En especial, faltaba una lista como la que se imprime más abajo, en el parágrafo III. Esta lista ha sido recientemente sometida a prueba por algunas personas e inclusive ampliada —lo que está muy bien—, por lo que se podrá esperar que en un futuro cercano

se dejará de tildar de *dialecto* el habla de cada una de las aldeas de una misma región. Como se ilustrará más abajo, sin una lista diagnóstica y sin cierta capacidad crítica, se puede fácilmente concluir que el habla de dos aldeas en que se emplea el mismo castellano, sean “dialectos sumamente distintos”, tan sólo porque en una de ellas el campesino entrevistado dictó *brincar* para verter un concepto que en la otra aldea fue dictado como *saltar*. ¡Sin duda, las dos palabras no son iguales! Pero esto no implica que las dos hablas sean diferentes y que constituyan dos dialectos distintos.

Es un reto especial no sólo para la perspicacia de una sola persona investigadora, sino para los métodos y conocimientos etnohistóricos del gremio entero, discernir en las zonas de contacto los influjos que han ejercido entre sí las distintas variedades de un idioma. En cambio, es perder el tiempo tratar de delimitar en una situación así, las fronteras geográficas entre dos dialectos. Es como el agua del océano: se puede afirmar que por sus diferencias de color, temperatura y biomasa, el agua de alta mar no es igual al agua de la costa, ¡pero vaya alguien a poner una boya en el sitio en que la una cede el paso a la otra!

No se debe tratar de marcar una línea precisa, pero, claro, los lectores queremos que se nos muestre algún tipo de mapa, y éste será esquemático, con líneas rectas que en la práctica podrán separar algunas aldeas del territorio dialectal al que verdaderamente pertenecen, en especial si la multidialectal región está densamente poblada de aldeas. Mas tales minucias no deben azorar a quien haga dialectología, a quien al trazar líneas en un esquema está produciendo —así no se haya dado cuenta— un modelo teórico. La rectificación de minucias geográficas corresponde al estudioso de las subregiones.

Intrusiones dialectales

I. Las líneas de este primer párrafo serán posiblemente aburridas para algunos lectores, quienes harán bien en saltar hasta el párrafo II, pero otros lectores habrá que querrán conocer pormenores del modo de trabajar que se tiene en estos menesteres glotológicos, por lo que se les ofrece esta información.

Existe en casi todo el territorio geográfico del idioma nahua, desde la noroeste Huasteca hasta El Salvador y Nicaragua en el sur, el fonema *h*. Las excepciones son Huauhchinango-Jico-tepec, y lugares cerca de la antigua Tenochtitlan, donde el sitio de *h* está ocupado por *ʔ* que es una oclusión glotal.

Conclusión: podemos esperar que no hay *h* sino *ʔ* en las chinampas (región de horticultura lacustre cerca de la capital, hoy cubierta en muchas partes por edificios multifamiliares) y en aldeños sitios no lacustres, como Milpa Alta. Esta generalización es legítima y necesaria. Pero su validez no tiene garantía de eternidad. ¿Qué pasa si ahora encontramos dentro de un territorio que debiera tener *ʔ*, una aldea cuyos habitantes pronuncian *h*?

En tales casos no hay que precipitarse a dar a conocer nuevos modelos o esquemas, ni a desechar la vieja teoría —propia o ajena— sino buscar la ocasión de reunir más datos. Lo que sí será cierto desde el primer momento, es que habremos detectado un subdialecto.

Esta situación la hay efectivamente a pocos minutos a pie desde Milpa Alta. Existe ahí un pueblo, San Bartolomé Xicomulco, en que se pronuncia *h*. En mi primera visita a él, no encontré ninguna diferencia adicional respecto de las aldeas más lacustres del sur del Distrito Federal.

El domingo siguiente volví a la aldea, con un pequeño pero escogido cuestionario, y con tiempo suficiente para oír

versos y palabras *ad libitum*. Los versos y demás materiales anotados, confirman que no había *ʔ*, que en la entonación y gramática no había diferencia (dato que habría que ir a reconfirmar en los actuales años noventa), pero que existían ciertos vocablos que “no encajaban”. En Xicomulco no se conoce la palabra *ilama* = ‘vieja’, pero se tiene *ailama* = ‘tejón’; y existe *abakaλ*, que corresponde a *ebekaλ*. La palabra *ailama* no se conoce en Milpa Alta ni en las chinampas, pero es corriente en el sur de Puebla (Zongolican-Tehuacán).

Al estar en posesión de estas informaciones, hemos encontrado, en primer término, que Xicomulco difiere de las aldeas de las chinampas, y que es afín al nahua surpoblano.

Conclusión posible: la gente de Xicomulco está emparentada con la del sur de Puebla. Tocaré ahora ver si acaso el subdialecto en cuestión es un enclave que alcanza un territorio un poco —o mucho— más amplio que el solo Xicomulco.

De modo que el investigador —si es que tiene tiempo— debe pasar a recoger vocabularios diagnósticos en otros poblados cercanos, que serán serranos en nuestro caso. Y si no hay manera de tomar vocabularios ni versos (que en aquella región eran bastante abundantes), habrá que ocuparse por lo menos de nuestro primer rasgo diagnóstico: *h*.

Efectivamente, y en oposición a las aldeas lacustres y a Milpa Alta, existe *h* en lugar de *ʔ* en San Pedro Atocpan, San Pablo Oztotepec y San Salvador Cuauh-tenco, lugares que se pueden visitar en una sola tarde yendo en autobús, por estar unidos por una carretera asfaltada de montaña. En aquella época no había una buena vía para Topilejo, lugar al cual conducía una desviación desde la carretera de Cuernavaca. Yo no tuve ocasión de ir a Topilejo —una lamentable circunstancia extracientífica cuyo



resultado (falta de información) tal vez ya no se pueda corregir, y cuya ocurrencia no se debe tolerar en circunstancias normales de investigación (yo hacía excursiones dominicales de mi propio peculio).

La generalización que forjaremos posiblemente partiendo de nuestros datos y antecedentes, es que las aldeas a lo largo de la carretera de la montaña, son excepciones serranas.

Esta generalización es comprensible, pero sólo mientras estemos dominados por lo que llamo el "tenochcacentrismo" y mientras ignoremos algunas cosas. Cuando las conozcamos, pensamos distinto.

Si ahora leemos —quizá varios años después— que otros científicos han aclarado que muchas familias de pilis tenochcas (de nobles de Tenochtitlan), al huir de Cortés se fueron a establecer

en medio de sus macehuales (plebeyos) de Milpa Alta, tendremos un indicio sumamente importante para comprender por qué la serrana aldea de Milpa Alta es subdialectalmente de tipo lacustre.

Podremos tener la sospecha, aunque nos falte la demostración, de que originalmente Milpa Alta haya tenido la misma habla que Xicomulco, pero que a consecuencia de la caída de Tenochtitlan, la llegada de un considerable número de prestigiosos refugiados tenochcas a la que posiblemente no muy grande Milpa Alta, haya conducido ahí a la difusión de los rasgos de la capital caída, en detrimento de los rasgos serranos.

¡De manera que la excepción no es Xicomulco, sino Milpa Alta!

Entendemos por "tenochca" el habla de Tenochtitlan en una época anterior a la fase mexihca de sus fundado-

res, siguiendo en esto las concepciones expuestas en *Handel en Wandel van de Azteken*, 1977, del holandés R. van Zantwýk, de las cuales hay una síntesis castellana en "El origen de la sociedad y del estado aztecas...", *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 1975, pp. 4-14, del mismo autor. Por "circuntenochea" hemos de entender la ulterior nivelación idiomática en derredor de la laguna. Se podrá suponer que Milpa Alta sea el mejor testimonio vivo de cómo se hablaba en Tenochtitlan, pero no se debe descartar que no sólo está presente el superestrato tenochca, sino que pueden subsistir elementos del sustrato; por ejemplo en la antigua capital se empleaba —*itla* = 'ver', y en Milpa Alta es —*ikta*. Este es un tema que debiera ser investigado en las aldeas circuntenocheas en que aún se pueda hacerlo.

Tridialectología refutada

II. En 1954, en la Mesa Redonda de Antropología, en Chapultepec,² este autor refutó la por entonces vigente clasificación del idioma nahua como un conjunto de tres modalidades: el náhuatl, el náhuat y el náhuatl, argumentando que un solo rasgo, y en particular el comportamiento de *t, no daba cuenta de la verdadera situación en las sierras y valles. Ya hemos visto arriba que, efectivamente, hay rasgos mucho más significativos, por ejemplo h.

Veamos dos casos sencillos:

En la Huasteca se habla un nahua con λ que difiere notablemente del nahua del centro del país (circuntenochca, tlaxcalteco, morelense, poblano). De manera que el náhuatl de la Huasteca y el náhuatl del centro del país, aunque tengan λ , son *dos* dialectos, o mejor dicho, dos conjuntos de subdialectos, completamente diferentes. Esto nos indica, desde luego, distintos derroteros históricos de sus hablantes.

Un segundo caso para desvirtuar el valor diagnóstico supuestamente fundamental de λ lo constituyen las aldeas del centro de Veracruz, cerca de Jalapa, que tienen λ y las del sur de Veracruz que no tienen λ , sino t. Ambas modalidades comparten rasgos gramaticales y léxicos, y esos mismos rasgos las diferencian decididamente del náhuatl del centro de Puebla o de Tlaxcala.

En el artículo "Tetradialectología nahua", en el tomo de homenaje a *William C. Townsend*, impreso en Cuernavaca, 1961, pp. 445-464, escrito para dar a conocer la importancia de las hablas periféricas o, por lo menos no circun-

tenochcas, publiqué algunos datos (pp. 456-457) que reimprimo aquí, por encontrarse bien agotado aquel libro:

La división en náhuatl, náhuat y náhuatl no toma en cuenta si la presencia de *tl* era de vieja data o muy reciente, al tiempo que daba una importancia decisiva a su presencia. Además, al postular los dialectos "náhuatl" y "náhuatl", se afirmaba tácitamente que existían aldeas en que de manera absoluta se solucionaba la palabra *la·kaλ* 'hombre', como *tá·kat* o como *lá·kaλ*, de manera homogénea en todas las aldeas de esa filiación.

Nada más inexacto,³ en la región "náhuatl" hay innumerables aldeas que comparten un dialecto común, pero únicamente de una de ellas sabemos que tiene ausencia absoluta de λ .

El dicha aldea hemos oído el empleo de la *ele sorda* (con circulito debajo), y el empleo de *ele sonora* (sin circulito); no hubo ni una sola ocurrencia de λ . Pero en las demás localidades del "náhuatl" no hemos registrado *ele* con *sordez*, sino siempre λ en competencia con *ele sonora*, en las palabras en que el "náhuatl" tienen uniformemente λ . Unos cuestionarios enviados por correo produjeron *lá·kaλ*~*lá·kaλ*, mientras que en otras la variación es *lá·kaλ*~*lá·kaλ*.

Este mismo fenómeno de variación ocurre en una subregión de la Huasteca de la que provienen las tres formas siguientes: *tá·kat*; *tákaλ*~*lá·kaλ*, *lá·kat*~*lákaλ*.

De lo anterior derivan nueve combinaciones hipotéticas:

λ -	- λ	λ -	-t	λ -	-l
t-	- λ	t-	-t	t-	-l
l-	- λ	l-	-t	l-	-l

Según nuestra experiencia, existen siete de estas combinaciones. Nunca se ha

³ Se estaba refiriendo aquí a **lá·kaλ* y a la imposibilidad de que hubiera la evolución absoluta $\lambda > l$. Más abajo aquel artículo se refiere a los por menores para *tá·kat*.

registrado t- -l (**tá·kaλ*) ni l- -t (**lá·kaλ*).⁴

La variación arriba comentada, condicionada por su posición dentro de la palabra, va muchas veces concomitante con otras formas, esporádicas, como *kr*, *tr* en regiones con λl , o con \tilde{r} , ~r en regiones con λ -t. Esto nos indica que hay inestabilidad de los valores fonéticos, lo que equivale a decir que hay un dinamismo en la actualidad. Ya llegados a este aserto, no queda lejos la idea de afirmar que en las aldeas con variación, ha sucedido en tiempos recientes, el cambio $\lambda > l$ o el cambio $\lambda > t$. Los datos históricos parecen comprobar la idea:

En el Obisado de Guadalajara se anotaron en 1692 casi exclusivamente formas con λ , mientras que en 1765 se registran casi únicamente formas con t; por lo demás, en sus características gramaticales el dialecto en cuestión —el *cazcán*— seguía invariado y afín al nahua del centro del país.

En 1887 no se registró en Xoxocotla, Mor., ni una sola forma con l equivalente de λ de los pueblos vecinos; en cambio, en la actualidad [década de los cincuenta] tiende a desaparecer, cediendo el paso a l.

En 1864 Orozco y Berra traza una *Carta Etnográfica* en que registra hablantes huastecos en una región en que hoy se habla nahua, pero, curiosamente, un nahua que tiene $\lambda > t$ o λ - t, lo que sugiere que esa gente ha aprendido el náhuatl recientemente de sus vecinos, mas volviéndolo náhuatl por alguna indisposición hacia la articulación lateral *africada sorda*. Esta suposición parece confirmarse ahí con la ocurrencia muy significativa del *ultracorreccionismo*, que vuelve un segmento t, que indiscutiblemente siempre ha sido t en el idioma, en un *africado*, o sea en λ (ejemplo: en lugar de *tl*- 'marcador de segunda persona', dicen *li*-), debido a un afán purista que parte del supuesto de que "nuestra t debiera ser λ " como cuando en español se dice *bacalado* o *vactdo* en regiones en que una parte de la po-

⁴ Estas dos formas son completamente imposibles.

² Obsérvese que en el castellano novohispano todavía se empleaba la preposición *de*, tan perseguida en Sudamérica. Desde luego, las ponencias de aquella mesa no se publicaron en una revista *sobre*, sino *de* estudios: *Revista Mexicana de Estudios de Antropología*, tomo 14.

blación tiene conciencia de que "nuestras terminaciones -ao e -fo deben ser -ado, -ido: no se debe decir marchao, partío, lo correcto es marchado, partido".

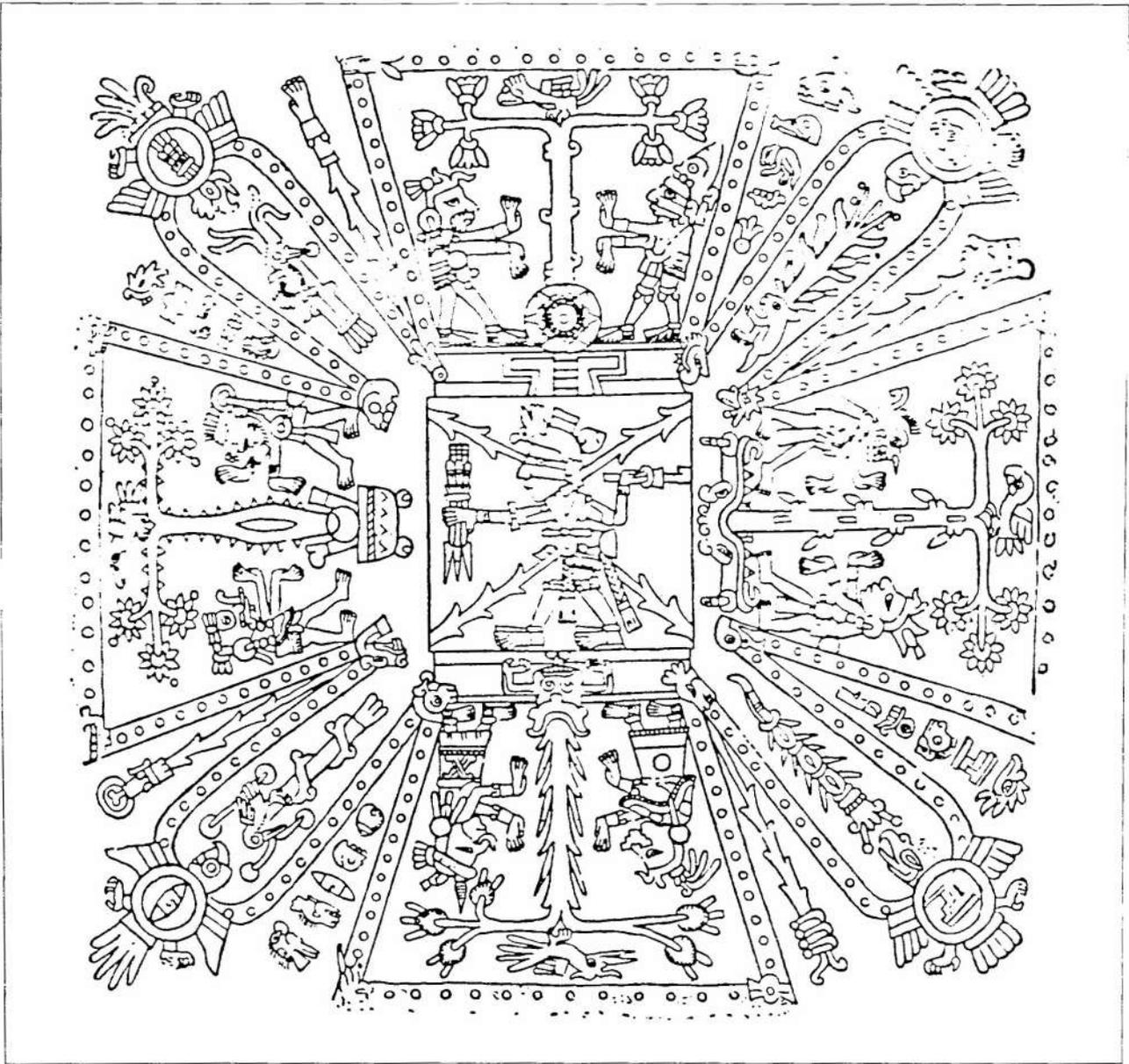
No pude encontrar documentos antiguos para $\lambda > l$ en algunos pueblos de Zongolican-Tehuacán y uno (Cuatemala) en Tzontecomatlán. Ellos tienen fenómenos esporádicos de desafricación en medio de aldeas que emplean λ , lo que hace suponer que se trata de dos ca-

sos de innovación, sobre todo si tenemos en cuenta que los demás rasgos son iguales en las aldeas vecinas, o sea, que ni han cambiado ni han conservado una inexistente diferencia anterior.

En resumen, se aportaron los datos históricos que documentan que en las aldeas con variación $\lambda - l$ o con $\lambda > l$ ha habido un proceso diacrónico sin

que este cambio implique una diferencia dialectal. A lo más, se le puede tildar de aislado rasgo subdialectal de innovación.

Se anotó también que no se han obtenido datos que apoyen que exista un auténtico dialecto "náhuatl" que sería uno en que se diría únicamente *lá-kal, sin jamás ocurrir variación con λ en uno de sus segmentos laterales.



Pero sí existen aldeas en que se dice tá-kat 'hombre', sin variar nunca sus t. ¿Qué se sabía por 1954 de esta situación?

La clave de Benjamín Whorf

III. 1 En un artículo fundamental, "The Origin of Aztec *t'*", cuya fecha no poseo, B. Whorf asentó en el primer tercio del siglo xx los cimientos para comprender las soluciones λ , t, l, y con ello ofreció las bases para una dialectología amplia, no simplemente circuncapitalina, del idioma nahua. Su trabajo es igualmente la clave para situar dialectalmente el pipil, que era considerado idioma aparte por algunos observadores.

Whorf informa que las lenguas yutonahuas, todas ellas situadas al norte del territorio del idioma nahua, no tienen λ . El sonido africado en cuestión ha

sido en algún momento, y en boca de algunos hablantes, una forma peculiar de pronunciar t en la sílaba *ta:/ta/*=[t^ha].

Posteriormente se perdió en algunos ambientes la a disturbadora, pero no se volvió a la t. La evolución fue *ta* > *t^ha* > *t^h* en unos casos, y en otros hubo cambios vocálicos: *tai*-='fuego' pasó a *t^hei*->*t^he*-~*t^hi*- (tal vez terminando en **-t^ha*). En las resultantes formas *t^hit^h*, *t^het^h* ya no está presente ningún factor predecible de la perturbación. Al no haber predictibilidad, deja de ser "alófono" y se vuelve "fonema": ha surgido λ .

Los datos de Whorf y los nuestros propios, permiten entender que no hay "mexicano corrupto" ahí donde todas las aldeas dicen tá-kat, sino conservación de la pronunciación original. Y si de "corruptos" se quiere hablar, el término correspondería más bien a los que tienen λ .

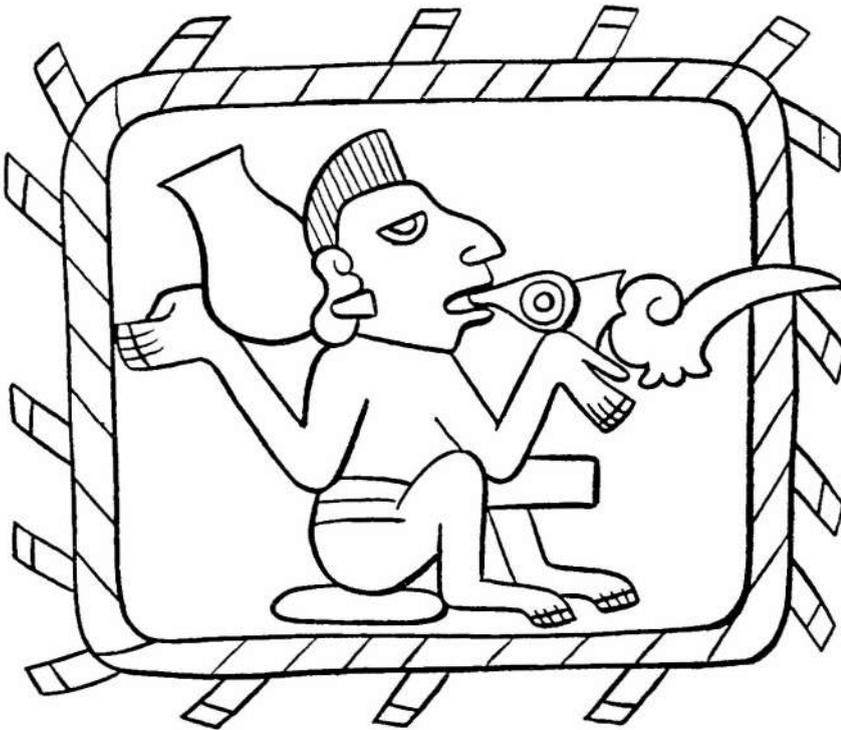
III.2 Si la forma más sureña del yutonahua es el nahua, entonces el idioma nahua vino del norte. Si avanzó de norte a sur, los hablantes más norteños del nahua son probablemente los que con más retardo iniciaron la migración. Y, al contrario, los más sureños pueden ser los primeros en haber emprendido la marcha. Cada nuevo grupo de emigrantes seguía en alguna forma las huellas de los que les habían antecedido.

En algún punto la ruta parece haberse escindido en dos, a juzgar por los indicios dialectales que me han obligado a postular dos sectores del protonahua (véase esquema en el parágrafo VI).

No es imposible que algunas veces el pisar las huellas haya significado empujar más al sur a los emigrantes anteriores. En otras ocasiones pudo haber pasado bastante tiempo entre una y otra migración —lo que sería una de las razones para ciertas diferencias en el habla de sus respectivos descendientes, y estas diferencias pudieron haberse mezclado. Los correspondientes pormenores etnohistóricos no son el tema de este artículo.

Los nahuas actuales más sureños hablan la variedad llamada pipil. Parece que todos los estudiosos concuerdan en decir que los pipiles (nombre que lo mismo significa 'príncipes' que 'niños' o 'dependientes') son los descendientes de lo que se llama la primera oleada nahua. El criterio de la situación geográfica más alejada de su norteño punto de difusión, es el argumento fundamental para esta opinión de los historiadores y etnólogos quienes, además, aportan argumentos tomados de la historia escrita por los propios mesoamericanos.

Los glotólogos, o sea, los lingüistas, concuerdan en tomar al pipil de América Central como más "arcaizante" que el de Tabasco y el del sur de Veracruz. Pero cuidado, por una parte no se debe excluir que en cualquier parte de su te-



rritorio hayan podido surgir innovaciones en el pipil, y algunas de ellas puedan ser tomadas erróneamente como rasgos arcaicos tan sólo en virtud de encontrarse muy al sur. Por otra parte, sería más prudente no hablar de "la primera" sino de "una primera" oleada —lo que permitiría considerar que pudo haber existido otra "primera" más.

¿Qué se puede resumir acerca del origen de l en lá-kaʔ y en ʔá-kaʔ?

De acuerdo con el concepto de Whorf, y con los datos aportados en líneas anteriores, el sonido l en la palabra clave, no es nada antiguo. En Xococotla tomó aproximadamente un siglo en generalizarse entre sus hablantes. No puede proceder de *t. Si puede provenir de ʔ; se le debe considerar una derivación de ʔ. Lo que queda pendiente, es una sugerencia de por qué ha surgido mucho más del lado del Pacífico que del Atlántico, sin limitarnos a la obvia sospecha de que en ello intervino un fondo étnico diferente.

Le hemos dedicado un gran espacio al tema ʔ, porque si bien es cierto que parece ya no ser controvertido, no es menos cierto que conviene divulgar lo que se ha aclarado acerca de él.

Debilidades de procedimiento

IV. Existen a veces personas con estudios lingüísticos en elevados niveles de abstracción, pero con una increíble incapacidad para los niveles menos excelsos del trabajo material.

Tuve un alumno que trabajó el idioma gitano. Se escandalizaba porque sus informantes (que antes habían sido míos, mejor dicho mías) contestaban así: 'bonita' = *šukár*; 'bella' = *šukár*; 'linda' = *šukár*; 'hermosa' = *šukár*. Me comentó: "¡Cómo serán de brutas esas mujeres, para confundir cuatro conceptos tan distintos!" Más se habría escan-

dalizado si le hubiera tocado un idioma indio y que le tradujeran con una misma palabra 'bella', 'gorda', 'sana'. Sí, él distinguía los diversos conceptos que para otros son sinónimos, y no podía entender que en la práctica lingüística de otras personas no hay diferencia ahí. Su incapacidad en el nivel pragmático lo hacía, además, anotar cada vocablo gitano con por lo menos una falta de audición. Mas como tales minucias no importan cuando se anda en alturas, se graduó (aunque no conmigo), obtuvo cátedra y fama, así como autoridad nacional como glotólogo dedicado a la filosofía tsiganológica. Algo semejante conocí en relación con un especialista en mapuche. No pudo darme ciertas informaciones, porque nunca se había puesto a determinar qué letras se necesitaban para escribir fonemáticamente el idioma que estudiaba. En cuanto a la lengua nahua, recuerdo cómo una compañera nuestra de estudios (Carmen Cook de L.) quedó estupefacta cuando en el sur del Distrito Federal y en ocasión de su primer y posiblemente último encuentro con el idioma vivo, oyó *ujšépa*.

No pudo relacionar la imagen acústica *ujšépa* con la imagen ortográfica *occepa* aprendida en clase. Y sin embargo, no se trataba de algo muy especial sino de dos alófonos, es decir de variantes, en la primera sílaba, que son totalmente comunes en todo el idioma: la cerrazón de la vocal (que probablemente no sea sino la conservación de la pronunciación de hace algunos siglos), y la fricación de k en posición trabada —que por cierto es bastante frecuente en las lenguas de América.

A veces ocurren cosas parecidas a personas que pueden ser consideradas serias, tanto en niveles excelsos como en los de la recabación y análisis de datos básicos, ¡alguna "metida de pata" nos puede suceder a todos! Un maestro mío publicó en *El México antiguo* la

descripción del nahua de una aldea de la Sierra de Puebla, sin que en sus transcripciones apareciera ni una sola vez la cantidad vocálica. (Sin duda, en una segunda sesión la habría notado; pero como fue sesión única, anda ahora por ahí el fantasma de un "dialecto nahua sin-/"). Decenios después quedaron perplejos los antropólogos conocedores del idioma, al leer ciertos vocabularios comparativos y las conclusiones de ellos derivadas. La pareja (J.A.S. y Y.L.) que había hecho el trabajo en aldeas circuncapitalinas, había anotado formas nahuas no concordantes. Algo así como si en un trabajo en equis idioma leyéramos que en aldeas hispanoamericanas vecinas, un mismo verbo solicitado fue registrado así: *saltàstetalbés*, *àybri jkará*, *pèrwapúrate* y *psuyònomás* ('pues huyó nomás').

Lo que me propongo aquí, no es desprestigiar a algunos colegas ya muertos; cito sus dificultades para beneficio de las próximas generaciones de investigadores, para que sepan dónde cuidarse.

El último caso merece el análisis de sus posibles causas.

Es probable que se haya pedido los verbos dando el infinitivo en español, siendo que esta forma gramatical no existe en la mayoría de las lenguas americanas (lo hay en quechua). Por no existir, los informantes deben haber tenido que decidir por su cuenta si iban a producir un pasado o un futuro, y tuvieron que decidir si daban una primera, segunda o tercera persona. El investigador debe evitar esto, formulando sus preguntas en tercera de singular y quizá adicionalmente en imperativo. Pero queda en pie la dificultad del tiempo gramatical. Para muchos tipos de verbos es perfectamente posible pedir algún tipo de presente, pero hay acciones que los nativos no pueden situar en el breve instante del presente; por ejemplo 'él entra'. ¿Cuántos segundos dura esta

acción? El informante preferirá un pasado o un futuro. También ocurre en varios idiomas que los hablantes parecen haber abandonado los tiempos simples, pues durante muchas sesiones sólo nos producen formas como 'está caminando', 'estará caminando'.

Además, en el caso ejemplar que tratamos de analizar, al oír los informantes un infinitivo que los obliga a la creación, pueden sentirse con licencia de "mejorar" con aditamentos más retóricos que semánticos, como *ps-*. Las veces que esto ocurre, el analista debe saber eliminar esos adornos, y ofrecer a sus jefes y a los lectores la lista de los verbos y sustantivos en una forma arbitraria que él decidirá, en remplazo del infinitivo.

Se debe tener en cuenta también que la cobertura semántica en los dos idiomas, o en sus dialectos, puede no concordar. Por ejemplo, el verbo que en circuntenochca traduce siempre 'brincar', se emplea por Necaxa para 'moverse rápido': *xil'ik'ini* = '¡apresúrate!'.

Cuando se empieza a trabajar, tales errores se pueden colar a raudales a los apuntes. Pero éstos deben ser depurados antes de sacarse conclusiones. La talentosa pareja mencionada concluyó que en cada una de sus aldeas se emplean "dialectos sumamente divergentes". Es una situación penosa para todos, con inclusión de quien se ve en la obligación de comentar tales errores metodológicos. Conduce al innecesario desprestigio de quienes en otros niveles han merecido el justo reconocimiento de sus colegas.

Tetradialectología actual

V. Una baja proporción de errores de transcripción y de malas traducciones es perfectamente perdonable cuando el viajero está realmente tan de paso, que no tiene ocasión de una o de varias se-

siones de comprobación, que serán tanto más necesarias cuánto más desconocido le sea el idioma. Lo que no es perdonable son las barbaridades en la interpretación. ¡No es obligación sacar conclusiones inmediatas y publicables!, lo que no sólo deben entender los que investigan, sino también los jefes en la UNAM que han tenido la ocurrente idea de exigir a sus subalternos que escriban cada año un artículo para la revista de la institución. (Lo que ha conducido a que editen precozmente artículos que no estaban maduros, y que se bloquee el cupo para trabajos buenos pero de gente de fuera.)

Tampoco es perdonable la ausencia de una guía preparada para cada trabajo de campo. Es evidente que uno puede empezar totalmente al azar —y será mejor hacer esto que llegar a las aldeas con ideas fijas.

Después de poco tiempo ya debe uno haber hecho su lista de cosas en qué fijarse. Trabajar con *psuyonomás, pèrwapúrate*, es un gran paso metodológico hacia atrás. Hay que tener una lista diagnóstica. La publicada en 1954 y republicada en 1958 (*América Indígena*, p. 336) y en 1961, no se debe considerar como insuperable. Creo que debe crecer. Pero a falta de alguna otra, es la que se debe usar. Agregando yo ahora los puntos I) y II), los rasgos diagnósticos son:

- a) Un léxico común [a varios subdialectos].
- b) Presencia o ausencia del morfema *o-* de pasado.
- c) Presencia o ausencia del morfema *-k* de pasado⁵.

⁵ La letra griega aquí empleada significa un morfema de distintas realizaciones: *-ki, -ik, -k*, y las alofonías que puedan presentarse, por ejemplo en una forma *o-palánij* (que fácilmente se puede anotar como *o-palánib* o, peor, como *o-palánif*). Los rasgos b) y c) implican la pérdida de vocal temática en ciertos tipos de verbos.

d) Presencia o ausencia de *-tin* en ciertos plurales.

e) Presencia o ausencia de *h* (o de *ʔ*) en ciertas palabras.

f) La solución *ʔ* o la solución *h* de cierto fonema.

g) Frecuente presencia de *a* donde en otras aldeas hay *e*.

h) La solución dada a **t*.

i) Comportamiento de *w*.

j) Comportamiento de *k, k^w* y del alófono *-g-*

k) Fenómenos como el acento y los reverenciales

l) Obligatoriedad de *-li* y *-tli* vs. su no obligatoriedad

ll) Empleo de los "verbos cortos"

Por "cortos" habremos de entender verbos como *ay* = 'hacer' (*taštika* = 'haces') y principalmente los de ser y estar, que por cierto han sido vueltos largos con aditamentos morfológicos como *on-*, *-ti-*.

Obsérvese que el tratamiento de **t*, que era considerado fundamental hasta aquel momento, quedó puesto hacia el final de la lista. Por otra parte, los tres primeros rasgos, más ll), son esenciales para el hablante de una región dialectal que viaja a otra. Personalmente me tomé siempre varios días en modificar mis hábitos gramaticales, y otros días más para las necesarias sustituciones léxicas.⁶ Es una catarsis de magnífico efecto antidogmático, que no sólo le cambia a uno algunos vocablos, sino toda la posición frente a los dialectos. Nos aleja del tenochcacentrismo.

Se termina por ver que el elegante nahua del centro del país, además de no ser realmente uniforme, constituye un territorio más bien reducido en comparación con el territorio total del idioma, y que las diferencias gramaticales

⁶ Como *ax* por *amo*; *kénke* por *tléka*; *kan-ácbi* por *késki*; *k'inal* por *yowal'inko*; *tóchin* por *tócblli*.

respecto del tenochca, con inclusión de las que parecen errores garrafales, posiblemente no sean errores, sino conservaciones de un estado previo del idioma. Respecto de lo último publiqué "A reciprocal in Ancient nahua?" (*Indiana*, 8, 1983, In Memoriam Walter Lehmann dicata).

La lista diagnóstica ha sido compuesta hace ya varios decenios, y sería conveniente aumentarla para adecuarla a nuevas preguntas, que por entonces no habían surgido. Ha sido positivo el que en nuestros días se hayan ampliado las preguntas *b*) y *c*), interrogándose acerca de la conservación o no de la vocal temática.

En aquellos días, la lista produjo la postulación de cuatro grupos dialectales (*no de dialectos*) actuales, que son nahua septentrional o del norte (Huasteca); nahua del este (desde el norte de Puebla hasta América Central); nahua central (circuntenochca y centro del país); nahua del oeste (Sierras Madre Occidental y del Sur).

Esta tetradialectología *no* incluye modalidades extintas o que parecían

serlo, como la de Durango, anotada a comienzos del siglo xx por K. Th Preuß.

Pentadialectología en el siglo xx

VI. Obviamente uno sólo puede trabajar con lo que tiene. Ya cuando llegan más materiales se podrá hacer más. Esto ocurrió algunos años después de mis mencionados trabajos, realizados siendo estudiante, al recomendarme M. Swadesh que me ocupara del pochuteco, anotado en ortografía tradicional por Franz Boas antes de la primera guerra mundial, en la costa de Oaxaca. Aquello fue una revelación para mí. Hallé un significado diacrónico muy amplio a mi rasgo λ (la solución a ene intentada en algunas aldeas, tenía en Pochutla una of

Ni entonces ni ahora he conocido el nahua de Nayarit y de Durango, cuyos análisis tal vez arrojen resultados que modifiquen de nuevo el modelo que se obtuvo con el pochuteco. Mientras esto no suceda, nos atendremos a este esquema:

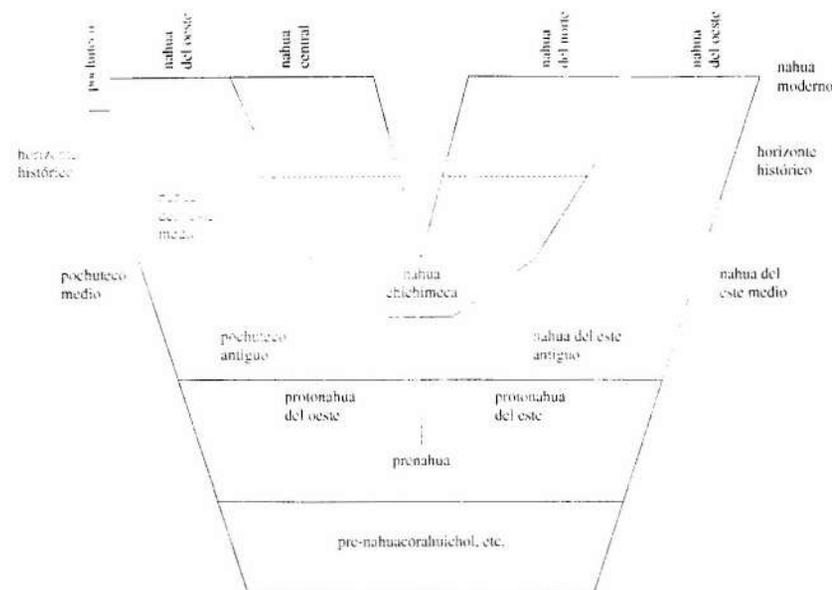
Aquí tenemos involucradas tres migraciones nahuas.

Dos de ellas son antiguas, portadoras de una modalidad que en un momento de unidad dialectal llamo *prenahua* y que al ir diferenciándose (aparentemente por coger sus hablantes dos rutas distintas de migración), se constituye en dos variedades llamadas el *protonahua*. Es posible que el *prenahua* haya existido en la mítica patria norteña, en cercanía geográfica con los precoratanahumarahuicholes, y que la migración hacia el sur tuvo que evitar el centro e irse por dos rutas laterales, debido a la resistencia de los sedentarios ya establecidos con anterioridad. Visto de esta manera, se trata de una sola oleada, escindida en dos rutas, de las que diremos que son dos migraciones, siendo la primera la del oeste.

La tercera migración dialectológica—migración detectable mediante los rasgos diagnósticos, logró penetrar en dirección al centro, presionando en calidad de "chichimecas" sobre la frontera norte de las tierras agrícolas, a las que terminó por invadir. Lingüísticamente esta oleada pertenece a la fase *media* del desarrollo del idioma, y se destaca por haberse introducido el sonido (quizá ya fonematizado) de t' africado.

En este momento hay tres dialectos o tres conjuntos de subdialectos: el del oeste, el del centro y el del este.

La penetración a las tierras agrícolas no fue inmediata, y una parte de los nahua-chichimecas en compañía —según parece— de totonaco-chichimecas, probó suerte lanzándose por la vieja ruta del este. Lo que sin duda no fue del agrado de los nahuas y totonacos sedentarios (ambos con t) que ya había ahí, quienes les impidieron el paso hacia el sur, como lo parece documentar la ausencia de λ que hasta la fecha tenemos ahí en ambos idiomas. Los chichimecas nahuas con λ fueron desviados cerca de

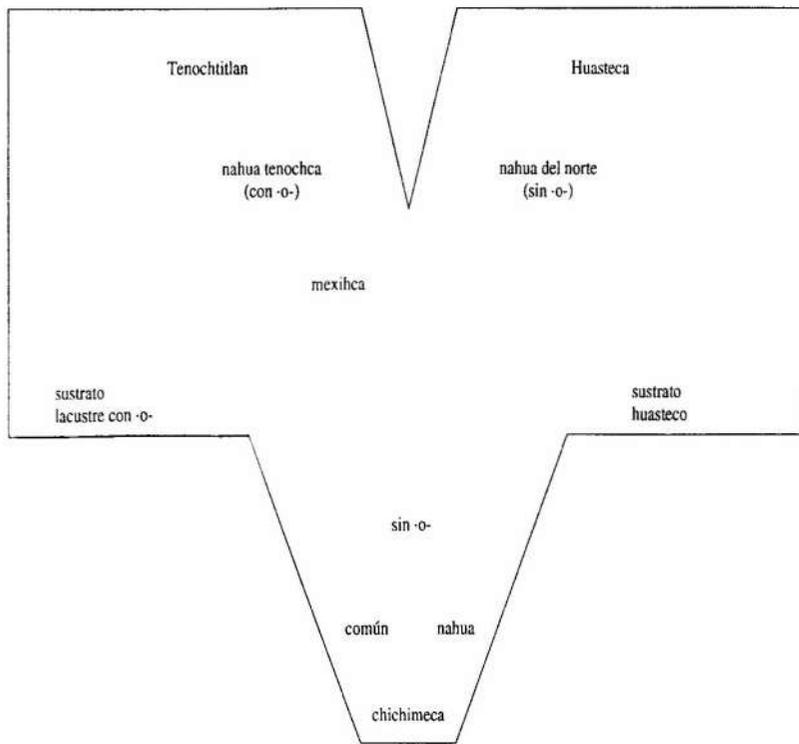


la costa en dirección al norte: hacia tierras de huastecos, de filiación maya.

Los otros nahua-chichimecas quedaron *ante portas*, y algún tiempo después, aliados con los otomí-chichimecas, se lanzaron hacia el lago. Fueron repelidos y se refugiaron en un islote oculto entre los juncas, lo que constituyó el poco honroso comienzo de la ciudad más grande del mundo.

La separación en espacio de los

nahua-chichimecas de la Huasteca y de los de la laguna, separó su antaño común dialecto, especialmente porque en la Huasteca no hubo influjos procedentes de otros dialectos nahuas lo que, en cambio, sucedió profusamente en la región lacustre y en sus alrededores. En ambas regiones se siguió cultivando λ de su común origen chichimeca, innovación que desde la laguna había de irradiarse por todo el centro.



Ya incluido el pochuteco, el idioma nahua del siglo XIX estaba constituido por cinco divisiones dialectales. Un esquema que contiene pormenores de desarrollos fónicos para cada una de las fases, se puede ver en el *International Journal of American Linguistics*, 42, 1976, p. 269.

Elementos traza y la teoría

VII. Las líneas precedentes fueron escritas hace una decena de años, sin haber sido destinadas a la luz pública. El tiempo transcurrido ha ofrecido ocasión a muchos autores para expresar varias ideas, no siempre novedosas pero

sí de reciente formulación. De Stephen W. Hawking, *Historia del tiempo*, quiero citar lo siguiente:

Teoría es... un conjunto de reglas que relacionan las entidades de un modelo con las observaciones que realizamos. Esto sólo existe en nuestras mentes. Una teoría es buena cuando satisface dos requisitos: debe describir con precisión un amplio conjunto de observaciones mediante un modelo que contenga sólo pocos parámetros arbitrarios, y debe ser capaz de predecir positivamente los resultados de observaciones futuras. [...] Cada vez que se comprueba que un nuevo acontecimiento está de acuerdo con las predicciones, la teoría sobrevive y nuestra confianza en ella aumenta.

Obsérvese que no se exigen "parámetros" (en nuestro caso rasgos diagnósticos) en cantidad exhaustiva. Los "acontecimientos" son para el autor descubrimientos o experimentos físicos, y para nosotros descubrimientos de nuevos datos idiomáticos o etnoculturales.

La teoría de los cuatro grupos de dialectos actuales, a los que antecedieron cinco dialectos en el siglo XIX, que a su vez emergieron de tres dialectos procedentes de una lengua común, no puede ser del todo igual a una teoría de astrofísica, pero, cambiando lo que es de cambiar, los dos tipos de teorías son iguales.

El autor agrega: "Si una nueva observación contradice la teoría, tendremos que abandonarla o modificarla —aunque siempre nos queda la posibilidad de cuestionar la competencia de quien realizó la observación." Esto último ya se abordó en el párrafo IV.

Cuando los datos aberrantes son ocasionales, es apenas comprensible que el investigador suponga que ahí hubo error, sea en los instrumentos de

medición, sea en la persona que los maneja; pero cuando el hecho se repite, sería un expediente demasiado cómodo tachar de error a todo lo que no nos conviene y, en nuestro caso, atribuir toda forma fónica aberrante a incompetencia de quien la anotó. Lo que sí se puede hacer, es dejarlo por lo pronto de lado, en espera de que aumente su cuantía.

Es lo que se hizo, porque mi tarea no era parar mientes en pormenores realmente menores, sino armar una teoría general.

Los elementos traza siguieron siendo muy escasos; mas cuando el modelo teórico ya venía funcionando desde varios años, decidí un buen día ocuparme de las aberraciones. Pero ni pude modificar el modelo para dar cabida a los detallitos omitidos, ni pude inventarme uno nuevo para ellos. (Menciono esto para que los jóvenes no crean que quienes les antecedieron han sido guiados siempre por su rápida e infalible inspiración, ni mucho menos por un recetario aprendido en clase.) Las aberraciones parecían exigir un esquema aparte que, una vez descubierto, debía ser sobrepuesto al anterior, como dibujado en papel transparente. Tampoco resultó, por lo simple razón de que las aberraciones, por ser elementos traza, no constituyen una estructura. Para no alargar la historia de mis cuitas, diré que lo único que pude lograr fue el manejo de las aberraciones vocálicas, porque eran lo suficientemente sistemáticas como para que nadie pudiera pretender incompetencia ajena ni falla de instrumentos.

Se trataba de cuatro COMPORTAMIENTOS VOCÁLICOS, que se pueden interpretar como reminiscencias de una situación dialectológica durante el periodo del *nabua medio*. Los COMPORTAMIENTOS GRAMATICALES y otros que pueda haber, serán sin duda alguna vez suscep-



tibles de un manejo análogo. La gran clave la había ofrecido ya el análisis del pochuteco, que me obligó a determinar reglas (unas para vocal en sílaba cerrada, y otras en sílaba abierta) que causaron el paso de la antigua vocal *i (que también hubo que reconstruir) a o en Pochutla.

COMPORTAMIENTO 1
tápe·λ
sámpa, sápa
ahákaλ
âhpαλ

COMPORTAMIENTO 3
tépe·λ
sémpa, sépa
ehékaλ
épaλ

Son cuatro los COMPORTAMIENTOS de *i:

c1	i	>	a
c2	i	>	o
c3	i	>	e
c4	i	>	a

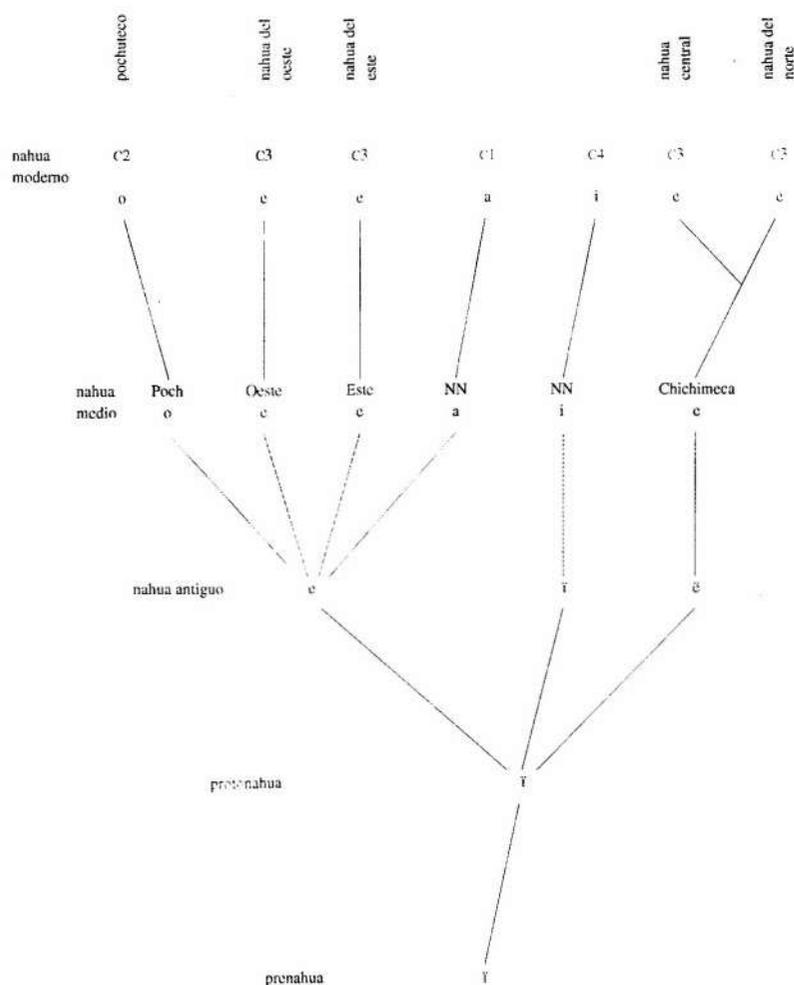
He publicado varias veces sobre c2 (Pochutla),⁷ por lo que bastará aquí una referencia breve a los otros tres:

COMPORTAMIENTO 4	traducción
típe·λ	'cerro'
sípa	'una vez'
	'viento'
	'zorrillo'

⁷ En *Amérindia*, 1977, y en *International Journal of American Linguistics*, 1976.

El cuadro genealógico, conforme con nuestro modelo dialectológico, exhibe ahora el rastro de dos dialectos ex-

tintos. N.N., que subyacen en varias regiones dialectales actuales:



Las dos migraciones puestas aquí del lado derecho, son más recientes, por lo que no están junto con las demás que tienen el mismo c3.

En las zonas de contacto habrá fenómenos de mezcla y minucias que podrían inducir a postular media docena de "dialectos" más. Es cuestión del nivel de observación en que nos situemos, y de la cantidad de "parámetros" que queramos incluir. Tales diversos niveles de observación se conocen

también en la laografía. (Ésta es la disciplina de la "folk culture" (λαοσζ = folk) y en Europa Central se realiza con dos modalidades y nombres: *Volkskunde*, que postula teorías y relaciones, y *Heimatkunde*, que se ocupa de inventarios locales y de postular filiaciones. La segunda queda subordinada al nivel que Hawking nos ha descrito, en el cual bastan modelos amplios y donde un exceso de clasificación resulta estorbo.)

Elementos traza y otras lenguas

VIII.1. Si queremos llegar a mejores resultados en la comprensión de la situación dialectológica pretérita, terminaremos por profundizar hasta el nivel en que el nahua no era sino un dialecto hermano del coratarahumarahuichol, o cualquier otra combinación de este jaez. Para esta profundidad histórica o para niveles un poco menos ambiciosos no basta la reconstrucción interna, hay que tomar en consideración también los datos procedentes de otros idiomas. Esto se ilustra con los afijos de los "verbos de ir y de venir" en nahua.

En el circuntenochca, la forma imperfectiva (presente, futuro) de expresar 'hacer viniendo', es *-kiw*, y la de 'hacer yendo' es *-tiw*. El segmento consonántico final de ambas es "waw sorda". En el resto de las aldeas que, como el circuntenochca, tienen el COMPORTAMIENTO VOCÁLICO 3, se suele encontrar una de las tres soluciones siguientes: *-kib*, *-ki*, *-k!* y *-tib*, *-ti*, *t!*, donde pareciera que estamos en presencia de la deslabialización del segmento sordo final. Sin embargo, esto podrá no ser cierto en algunos casos.⁸

Hay que aclarar un detalle: en sílaba cerrada el protofonema *i se soluciona como *i* en c3 y como *e* en c4. Además, en el norte de Morelos, que es territorio c3, ocurre *-kin*, *-tin*, fenómeno que llamo "COMPORTAMIENTO GRAMATICAL normorelense". En el territorio c4 se registra *-ken*, *-ten*. Esto nos induce a reconstruir para el circuntenochca **-kiw*, **tiw*.

⁸ Por ejemplo, en el nahua del norte o nahua septentrional (Huasteca), nunca hay consonante final en estos dos morfemas. Por lo tanto la ausencia puede ser atribuida lo mismo a pérdida de -h que de -n; pero podría ser más prudente no decidirse por ninguna de las dos opciones, sino pensar en una tercera.



Pero en vista de que esta labialidad final de tipo semivocálico no está documentada en ninguno de los idiomas de que disponemos para la comparación, y que el propio nahua es de distribución limitada, tal reconstrucción con *-w puede ser un error.

El inconveniente se evita si se parte de las formas *-ken*, *-ten* y también de *-kin*, *-tin*, del norte de Morelos.

VIII.2. El autor de estas líneas no dispone de bibliotecas para el tipo de consulta que aquí se hace necesario, pero encuentra en sus apuntes de antaño que en popoluca existe *-kiʔm* = 'a', lo que fortalece la plausibilidad de que la vocal reconstruida como *i podría ser un acierto, y que es probable que las formas con consonante nasal al final sean más "genuinas" que las que tienen h, w. Adicionalmente, la forma popoluca nos ofrece una oclusión glotal, ʔ, la cual es un tema complejo en el estudio del pasado del idioma nahua, por cuanto está

relacionado de manera poco sencilla con diferencias regionales, como *con-*, *com-*, *coʔ-* = 'zopilote', así como con su origen a partir de vocal doble, en ciertas condiciones. Pero aceptemos el dato y reconstruyamos **-kiʔm* y **-tiʔm*. ¡a ver cómo nos va!

Busquemos ahora en otros idiomas.

En hopi existe *to* = 'ir'. En popoluca hay *-to* = 'desiderativo' y *táʔmu* = 'venir'. En tarahumara *ma* es 'correr' y en el no muy cercano y sin embargo sí emparentado otomí, *ma* es 'ir'. Tanto en otomí como en popoluca *ma-* indica 'pasado' ("lo ido").⁹

Esto da pie para creer que las formas *-kiw* y *-tiw* y sus posibles evoluciones (>*-kib* > *-ki*; > *tib* > *-ti*) acaso sean excepciones. Pero, ¿de dónde vino la labialidad circuntenochca?

⁹ Formas que ilustran el parentesco entre el otomí y el nahua, y también de estos dos con el totonaco y las lenguas mayas, se pueden ver en "Semántica mesoamericana", *Amérindia*, París, 1978.

VII.3. Si la postulación **-kiʔm* y **-tiʔm* es acertada y si lo que sabemos del comportamiento y origen de h y de ʔ (y de su relación con m, en 'zopilote') vale para este caso, entonces tenemos que el grupo ʔ + m fue el que produjo la labialidad sorda en las aldeas en torno al lago, de las cuales la habrían tomado los tenochcas.

Estamos operando con datos dialectales insuficientes; y esta insuficiencia puede producirnos un esquema falso. Lo anotado aquí y el cuadro al final de este párrafo no pretende haber encontrado una solución que quede para siempre en V (verdadera), sino para ilustrar las interesantes posibilidades que se nos ofrecen hollando vías no circuntenochcentristas.

Ningún dialecto nahua pudo conservar el grupo ʔ + m. Desde luego, si aceptamos la postulación de tal racimo consonántico, tendremos oportunidad de desechar la idea tenochcentrista de que la forma original haya asido *-kiw* y

-*tiw*, y que su "waw sorda", al evolucionar, habría perdido la labialidad en "bocas provincianas", quedando en una mera hache. Teoría que postularía el proceso siguiente: *-kiw* > *-kib* y *-tiw* > *-tib*.

Pero esa h puede tener tentativamente otra explicación, por ejemplo: **-kiʔm* > **-kiʔ* > *-kib*, y **-tiʔm* > **-tiʔ* > *-tib*.

Con esta propuesta, estaríamos en presencia de un proceso que habría tenido múltiples soluciones regionales que, una vez estudiadas y relacionadas con grupos como los pinomè o los nonoalcà explicarían muchos detalles que interesan al etnohistoriador. De ello tiene que resultar un esquema lamentablemente algo complejo. Es lo que sucede en tales casos cuando se pasa del amplio modelo de "unos pocos parámetros" al trabajo con los muchos pormenores a que debe ser aplicable la teoría.

En lo que sigue, cT está por circuntenochca:

- <i>kiʔm</i> >	$\left\{ \begin{array}{l} -kiʔ > \\ -kīm > \\ -kiw > \end{array} \right.$	$\left\{ \begin{array}{l} -k: \text{ en sitios con C3} \\ -k:ʔ \text{ en sitios con C3} \\ -kɛ: \text{ en sitios con C3} \\ -kɛ:ʔ \text{ en sitios con C3} \\ -kɪ: \text{ en sitios con C3} \end{array} \right.$			
			- <i>tiʔm</i> >	$\left\{ \begin{array}{l} -ti \\ -tib \end{array} \right.$	$\left\{ \begin{array}{l} -ten \text{ en sitios con C3} \\ -tin \text{ en sitios con C3} \\ -tiw \text{ en sitios con C3} \end{array} \right.$

El análisis que se acaba de presentar, nos ha mostrado el lado "abierto" que la teoría de los dialectos nahua nos ofrece para proseguir en la penetración de lo que he llamado minucias. Penetración que hemos tratado de ilustrar con la reconstrucción de **-kiʔm*, **-tiʔm*; si el C normorelense ha sido mal manejado aquí (lo que es perfectamente posible), habremos de todas maneras ilus-

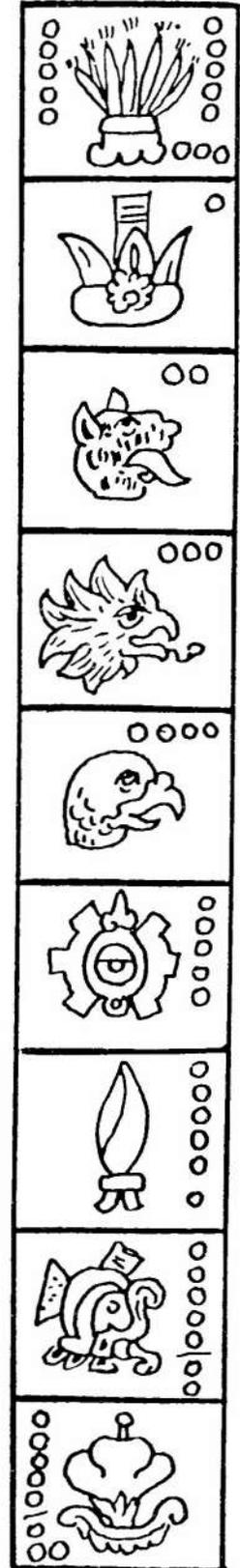
trado un camino no tenochcacentrista. Vimos además que el tenochca tiene elementos traza susceptibles de brindar pistas interesantes. El verbo *-itta* = 'ver', que en El Salvador es *-ida* y en Milpa Alta es *-ikta*, es otro elemento de este tipo.

Valor metodológico de las hablas periféricas

IX. Para quienes hemos manejado primero la gramática del periodo clásico, y luego conocido de viva voz el nahua circuntenochca, el nahua que se oye en las aldeas más alejadas no es simplemente distinto, sino a menudo desconcertante. Por ejemplo, al emplear *timiç-* = 'yo te', en lugar del *nimiç-* clásico.

Cuando los datos dialectales se acumulan y con ellos lo que ahora considero indicios de sistemas más antiguos, o elementos traza, el desconcierto cede el paso al entusiasmo: las aberraciones no son errores, sino formas realmente bien lógicas y que con frecuencia entenderemos mucho mejor si miramos las gramáticas de las lenguas vecinas.¹⁰

Es cuando desmontamos nuestro tenochcacentrismo y empezamos a estar dispuestos a aceptar, por ejemplo, que *-ten* y *-tin* no solamente son formas sociológicamente legítimas, si no acaso mucho más genuinas que *-tiw*.¹¹



¹⁰ Véase al respecto *Indiana*, 8, parte 3, Berlín, 1983, pp. 121-125.

¹¹ Si posteriormente llegáramos a encontrar que la fonotaxis normorelense no admite *-w*, habrá que mirar si no, acaso, ambos fenómenos inciden conjuntamente en estas dos terminaciones.